

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

Suscripción en Madrid.

Por un mes. 8 reales.
Por tres id. 20 id.

Suscripción en Provincias.

Tres meses. 26 reales.
Por seis idem. 50 id.

En el extranjero y Ultramar.

Por un año. 120 reales.
(Franco de porte).

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15.

LA HERENCIA

DE CERVANTES.

(Continuación)

En España cuando un autor acaba un libro, de lo único de que puede estar seguro es de haberlo acabado. También es cierto, que con él se han acabado sus ilusiones, sus recursos, sus esperanzas. También es cierto, que tiene que tardar más tiempo que en escribirle en venderle, y no en venderle al público, sino á un *fariseo literario*, que denigrando el género, regateando el precio, y comerciando con el hambre, le dá mil reales por la *propiedad absoluta* de la obra, anunciándole al mismo tiempo que tira el dinero, porque no se venderán ni seis ejemplares de los quinientos que se tiran.

Nuestro idioma es filosófico sin saberlo. Cuando un libro se imprime, se dice ya se está tirando. Efectivamente, escribir un libro no es otra cosa que tirarle.

Sucede á veces, que cuando la cosecha es mala un año ó cuando hay sospechas de un *motín*, lo que ocurra bastante á menudo, no se encuentra un fariseo por un ojo de la cara. Sucede otras que hay fariseos, (conozco algunos y apelo á mis compañeros) que suelen pagar en *napoleones* lo que ajustaron en *duros*, y dicen: «los reales no hacen cuenta.»

Y despues de esto el *fariseo* suele tener razon. Si algun autor no quiere vender su sangre y se decide á imprimir su libro por cuenta propia y pide prestado el dinero, á cuenta de ayunos y abstinencias, es mas que probable que al cabo de seis meses se hayan vendido seis ejemplares.

Esto es, si el libro es literario, si es científico, entonces por regla general no se acaba de escribir el libro. El mismo autor se causa de leerle antes de acabarle.

Si el libro es una novela, queda el consuelo de venderlo por entregas, á cinco duros el pliego de impresión, ó de léersela á la patrona de huéspedes á cuenta de lo que se la debe; pero si es histórico, filosófico, estético, crítico ó científico. . . ¿qué editor le compra? ¿qué cristiano lo lee? ¿qué español lo entiende?

Cuando murió Gallardo—la mitad de mis quinientos lectores no saben quién fué Gallardo—los otros doscientos cincuenta saben que hubo un picador de ese nombre, el resto de España no sabe que haya Gallardos en el mundo; un crítico muy conocido escribió en *El Heraldo*:

«En Francia, Gallardo hubiera muerto rico, en España no ha dejado dinero para pagar su entierro; porque en España el que escribe, aunque escriba bien, escribe para sus amigos; en Francia el que escribe, aunque escriba mal, escribe para la humanidad entera.»

[Despues de todo esto, como decia Figaro, haga V. un libro!

II.

EL PERIÓDICO.

Quiere decir, que si el que sigue en España la carrera literaria, he dicho mal, al decir carrera literaria, esta no es carrera, cuando mas es trote; si el que sigue el trote literario, no puede hacer un libro; se puede refugiar á la prensa y ser periodista, ó escribir para un periódico. ¡Ay amigo literato! en España no hay periódicos, y va V. á verlo.

La prensa política, ó es ministerial, ó de oposicion, en ambos casos lo primero que hace falta para sostener un periódico, es una persona que quiera perder su dinero: prueba evidente de que el público no mantiene los periódicos. Hay algunas excepciones, muy pocas, de periódicos que se mantienen á sí propios, pero esto es sien-

do el propietario director al mismo tiempo y arruinándose tarde ó temprano. Como el público no da bastante para todo, en este caso excepcional, ni bastante para nada en los casos generales, el sueldo de los redactores de periódicos asciende á 800 reales mensuales cuando mas sube, y baja á 320 reales, no cuando mas baja, sino cuando se estaciona porque luego hay tambien redactores gratis. Por 400 ó 500 rs. al mes, tiene el redactor que hacer diariamente dos ó tres artículos de política exterior, de economía política, de administración, de estadística, de comercio, de industria, de ciencias y de artes. Debe saber historia, literatura, filosofía y sistema decimal, idiomas. Debe conocer á Voltaire, Montesquieu, Luis Blanch, Proudhon, el Fuero juzgo, el Código penal, Las Partidas, el catecismo y la ley de imprenta. Desgraciado de él si hostigado por el director, el propietario ó el que *proteje* el periódico, á dar su voto sobre cualquiera materia, confiesa ingenuamente, que no la conoce: «venga otro sábio, dirá el que paga, mientras yo de 400 reales no han de fallarme redactores.»

Agréguese á esto que la vida periodística agota las ideas, mata la inspiración, entumece el espíritu, y seca la inteligencia.

(Se concluirá).

LUIS MARINO DE LARRA.

LAS COSAS DE LA VIDA.

I.

Es muy probable que ninguno de mis lectores haya conocido á la hermosa Paquita.

Y en verdad es una lástima, porque Paquita merecía ser conocida por el mas aburrido lector de *El Madrileño*.

Figuraos una polla hermosa, hermosísima, de esas que Dios mantiene en la tierra solamente para evitar tentaciones á los ángeles, y que no siendo merecidas por el mundo guarda escondidas en ese hermoso rincón del planeta subltunar que se llama Andalucía; figuraos una niña de pequeña y esbelta estatura, de cabello de ébano, de enloquecedores ojos y graciosa sonrisa; una de esas jóvenes que tantas veces se habrán aparecido en vuestros sueños y que quizá á despecho de vuestra mujer se os continuarán apareciendo todavía, y tendréis la verdadera imagen de la encantadora Paca.

Paquita era, por tanto una verdadera hada; Dios, al colocarla en el mundo, debió haber orinado un génio correspondiente.

Y Dios obra siempre con lógica; por consecuencia, este génio existía y se llamaba Paquito.

Era Paco un elegante pollo, de gallardo porte y seductora mirada, hijo de un rico labrador de Sevilla, y que á la sazón estudiaba leyes en Granada. Rico, elegante y abogado *in partibus*, por mas señas, Paquito tenía las mejores condiciones para el amor. El Dios del placer no acostumbra á vivir en los corazones ocupados por el trabajo, por eso los amores de los pobres ofrecen tan poca posesía, todos tienen el mismo y preséico fin: el matrimonio.

Viviendo en el mundo Paquito y Paqui-

LOS AMORES DE UN PINTOR,

POR

D. Francisco P. Estrala.

(Continuación.)

Largo rato llevaba de ofrecer á Dios sus oraciones, cuando de repente escuchó ruido tal entre las hojas, que le hizo volver rápidamente la cabeza.

Era producido por las pisadas de un hombre que, envuelto en su ancho capri y con el sombrero hasta las cejas, adelantaba hacia ella, por entre los árboles y los nichos de la derecha.

—Desengáñese Vd., mi querida señorita, díjole el caballero con acento irónico, que no vale dar citas ni esconderse en los cementerios, para evitar mis órdenes...

—Señor Barón, respete Vd. siquiera el parage en que nos hallamos, no turbe Vd. la paz de una pobre huérfana que viene á derramar sus lágrimas al pié de esa humilde cruz donde reposan las cenizas de su madre.

—Bien, haga Vd. lo que guste... pero entregueme el medallón de brillantes que esta mañana ha recibido de mano de su notario...

—Señor barón! gritó la joven con espanto...

—No me llame Vd. barón porque ya no lo

ta, no era posible que vivieran sin encontrarse; aquellos dos corazones no podían vivir solos, se buscaban, y al latir aislados hacían daño en el pecho de sus poseedores. Paquito y Paquita por consecuencia se encontraron; todo lo que debe suceder, sucede.

Era un hermoso día de mayo, uno de esos intervalos en la monótona vida del mundo en que el sol sonríe, en los que, como dice un amigo mio, nacen los poetas; uno de esos días, en fin, en que la hermosa Andalucía se viste de verde y rosa.

La mamá de Paquita dispuso salir á la Carrera.

La niña comenzó su *toilette*.

¡Oh! si la hubiérais visto dos horas después salir de su gabinete resplandeciente de hermosura, con su magestuoso vestido de seda y su brillante aderezo, y su dulcísima sonrisa; si la hubiérais visto lanzar una última y picareasca mirada á su hermosa luna... indudablemente habiérais hecho un disparate.

Paquita era un ángel; pero uno de esos ángeles que Dios no sabe hacer sin el auxilio de Madame Ernestine.

Todo el mundo decía:

—¡Qué hermosa va hoy Paca!

Y el mundo contra su costumbre, á lo menos esta vez tenía razón.

II.

Hay coincidencias providenciales en

soy más que en sexo, ni pida Vd. auxilio porque aquí no ha de protegerla el aparecido de marras...

—¡Oh! Infame, todo lo esperaba de Vd.

—El medallón, repito...

—Vd. sabe lo que encierra?

—Poco me importa...

—Encierre el retrato de mi madre.

—Bien... venga... y luego...

—¡Oh! Dios mío! exclamó la enlutada ocultando la cabeza entre sus manos...

—No valen lágrimas, señorita... en pocos meses la suerte me ha vuelto las espaldas... he perdido mis casas, mis cortijos, mis carruajes y mis caballos... me han olvidado mis amigos porque no tengo dinero, y lo necesito para que me devuelvan su amistad, y porqué en el mundo un noble no puede vivir sin él...

—Noble es el hombre que gana el pan honradamente, que ejecuta buenas acciones, que trabaja... pero no Vd...

—Aunque no debo ni quiero entrar en explicaciones, le diré á Vd. que no estoy en el caso de ponerme á trabajar, porque eso me rebajaría extraordinariamente ante la sociedad... ¡Oh! ya lo creó! ¿Qué se diría si me viesen dejándome las patañas en una oficina?... ¿Qué si el que há poco tiempo era rico, se limitase á un sueldo de seis u ocho mil reales?

—Desdichado!

—Por eso querré que me entregue Vd. esa

la vida que generalmente determinan nuestro porvenir.

Paquito, el día á que nos referimos, acababa de recibir un magnífico y completo traje.

El día convidaba á dar un paseo, y Paquito salió.

¡Oh! si le hubiérais visto tan bello, tan elegante, tan gallardo marchar airoosamente dejando en pos de sí una atmósfera azulada y aromática procedente de su cigarro; de seguro lo menos que hubiérais dicho era lo que decían todos sus compañeros:

—¡Qué elegante es Paco!

Paquito llegó á la Carrera.

Aun no había recorrido la mitad cuando vió á Paca.

Figuraos vosotros si podeis, lo que ocurriría en su corazón. No con mas entusiasmo y mas emoción se detuvo el sol (allá en sus verdes años cuando el sol amaba y se detenía) delante de la hermosa Anafitrite, de la encantadora Nereida, como se detuvo Paquito delante de Paca.

La niña pasó y le vió y sonrió... pero pasó al fin.

Paco pasó también.

Pero en el corazón de la niña quedó un sentimiento que de seguro debía ser muy dulce cuando se tradujo por un hermoso carmin, mucho mas hermoso que el que gasta la aurora... casi tan bello como el que vende Mr. Minlox.

alhaja, la venderé, tendré oro y volveré á ser quien era, recuperando con su importe lo perdido...

La enlutada guardó silencio y le dirigió una mirada en que se revelaba la indignación, y al propio tiempo la lástima que la causaba el extravío de aquel hombre que descendía hasta el crimen, retrocediendo ante la idea del trabajo.

—¿Se niega Vd.? dijo Enrique, que, comprendiendo toda la significación del silencio de ella, se habia puesto pálido.

—Si, balbuceó, es la última memoria de mi madre, y solo un miserable podrá separarla de sobre mi corazón.

—Pues bien, señorita, ese miserable soy yo que se lo arrancaré á Vd... devolviéndoselo únicamente si me concede lo que siempre me ha negado...

—¡Jamás!

—Entonces sea; ya no tendrás quien te proteja, y me vengaré; y con la mirada estraviada y el paso vacilante se acercó á ella y arrojándola al suelo la arrancó el medallón que con una cinta llevaba prendido á su garganta...

Una sonrisa feroz vagó en los cárdenos labios del barón, y sus crispadas manos temblaron al contacto de aquella joya.

La luna que pálida y macilenta asomaba en aquel instante por el horizonte iluminó el semblante de la enlutada.

Paquito no sintió nada al principio; pero exclamó para sí:

—Caramba con Paca. Indudablemente va á ser necesario...

Si yo os dijera que involuntariamente Paco acertó el paso, y que á poco volvió para atrás, y que á despecho de mamá Paquita hizo lo mismo, no os diría nada nuevo. Vosotros los pollos lo estareis haciendo cada día en iguales circunstancias, vosotras las pollas lo querréis hacer.

Pero las mamá son impertinentes.

Y al cabo de una hora la mamá de Paquita dispuso retirarse.

Paquita suspiró, pero no hubo remedio.

Un momento despues Paco se despedía de sus amigos.

III.

Es de noche.

En una oscura calle, esto es, en una calle granadina y de pie sobre una rudimentaria acera, hay un bullo embozado en una capa.

Casi inútil me parece decir que este embozado es hombre, y mucho mas inútil todavía el que este hombre era Paco.

Paco, sí, Paco, que desde que habla visto á Paca no había podido recobrar su tranquilidad perdida.

En la acera opuesta hay una casita bastante modesta y bastante bella. Allí mora Paca.

Paca, la hermosa, la dulce niña, la que

Era Laura.

—Huyamos, dijo Enrique, y sin detenerse se ausentó por la misma calle de árboles, hasta llegar á la verja, pero en aquel instante retrocedió algunos pasos, para no ser visto de un hombre que procurando ocultar el rostro bajo el embozo de la capa, y seguido de un magnífico perro de Terzanova, entró resueltamente en el cementerio.

Observó Enrique hasta verlo internarse por entre los cipreses del centro, y murmurando un quién será? abrió la verja, cruzó con paso rápido una parte del camino, precipitándose poco despues en un coche de alquiler que sin duda le esperaba, cuando el cochero sin aviso ni pregunta alguna tomó camino de Madrid.

Apenas volvió en sí la pobre Laura, se llevó sus manos temblorosas al cuello, y cuando se encontró sin el retrato de su madre, dió un grito, se apoyó en la cruz de madera para no caer, y pidió socorro repetidas veces.

—¡Dios mío! es ella ¡oh! Laura, Laura! exclamó el hombre de la capa dirigiéndose rápidamente al sitio de donde partían aquellas voces que la desgarraban el alma...

—Eduardo... ¡oh! Eduardo... gritó Laura con frenética alegría y haciendo un supremo esfuerzo por salir á su encuentro.

En aquel instante Eduardo, ó sea el hombre de la capa vióse detenido por otro; que como una aparición fúnebre, había surgido de entre

algunas horas ha sentido despertarse en su alma un sentimiento nuevo, no nuevo, adormecido, que desde que nace la mujer tiene un recinto en su alma en donde mora el amor.

Al anoecer habla recibido un billete.

Vosotras las pollas, sois las únicas que podeis formaros una idea de lo que experimentarä la hermosa andaluza.

Vosotras las hermosas, las que tantas veces habreis recibido de manos de la alegre doncella mensajes de esta naturaleza, vosotras sois las únicas que podeis saber cuantos latidos dá el corazón por segundos en tales casos.

Yo no lo sé porque soy hombre.

Pero en verdad os digo que si fuera mujer, me gustaria tener novio.

Porque, novio y no otra cosa, era lo que la habia salido á Paquita.

Y aquel novio era Paco.

Largo rato estuvo la niña indecisa: su corazón la llamaba al balcón, pero la sociedad, esto es, mamá, se oponia á aquel sentimiento.

Todas las noches leia un poco el Kempis.

Aquella noche el libro místico tenia un terrible rival.

Paca se decidió: el libro había perdido en la contienda, el espíritu había sido una vez mas vencido por la carne.

Una hora despues la niña cerraba estre-

las tumbas y los cipreses, colocándose delante y corrándole el paso.

X.

Sin embargo, ni su valor ni su sangre fria, disminuyeron con este nuevo incidente; la convicción de que Laura podría ser víctima nuevamente de alguna asechanza, y de que tal vez seria un lazo lo que se la tendia, redobló sus fuerzas... Multitud de ideas surgieron de su imaginación ardiente y apasionada, y su primer pensamiento fué desembarazarse de aquel hombre, y correr al lado de la huérfana, cuya intranquilidad le atormentaba. ¿Quién podrá ser la causa de esta escena horrible, en que mi corazón se desgarró y mi espíritu vaciló, y tiembla mi cuerpo, al melancólico acento de su voz? Esta pregunta se hacia Eduardo, mientras luchaba en vano por saltar al lado de la mujer que miraba como una hermana, y sin embargo, amaba con delirio; y una voz secreta parecia responderle:

«El ladrón de vuestra felicidad y de su honra.»

Imposible parecia que un hombre descendiente de una familia rica y distinguida abrigase tan miserables instintos; pero no es extraño observando que la educación es el primer guia de las acciones de nuestra alma, y el barón la habia recibido fatal. Niño único y mimado, desde su mas tierna edad había sido dueño árbitro de su voluntad, y no tenía capricho que no fuese satisfecho... A los 20 años

pitosamente el balcón á impulso de la cascada voz maternal.

«Pero en una hora cuántas cosas pueden haberse dicho dos corazones!»

Aquella noche es fácil presumir que Paco no durmió.

IV.

Paquito estaba loco, enamorado.

No pensaba mas que en Paca, nada mas que á Paca veia.

Todo cuanto en el mundo veia se le representaba á través de la hermosa ilusión de su novia; en el teatro, todas eran Pacas; en clase, hasta la prosáica figura del catedrático, habla ocasiones que se le aparecia en su perpétua distracción, bajo las poéticas y galanas formas de la encantadora niña.

Y esto, al fin, era un mal por mas que fuera muy platónico.

Los catedráticos, por lo regular, tienen el corazón melido en el cerebro.

Y de aquí, el que no entiendan de amores.

Por consecuencia muy lógica, Paquito perdió curso.

Y por una consecuencia mas lógica aun lo supo su padre.

Y los padres por lo regular son bastante intransigentes.

Porque en cierta edad ya está muy endurecido el corazón.

Un dia Paquito recibió una carta.

sus padres habían mterio dejándole una cuantiosa fortuna... comprendió que para figurar en el gran mundo, necesitaba doble tren del que hasta entonces tuviera; compró nuevos carruajes y caballos... y no satisfecho su ansia de figurar y de ser el astro que eclipsara á la aristocracia madrileña, tomó abono en todos los teatros de la corte... multitud de amigos le rodearon como otros tantos parásitos: su casa parecia una fonda; jamás se quitaba la mesa y todos acudian á saciar su apetito... á fin de año llevian las cuentas y los recibos; su importe era dos veces mas de las rentas que poseia; pero esto no era otra cosa que una ligera nube interpuesta entre él y el astro resplandeciente de su fortuna. Pasada apenas, Enrique volvia á escuchar la voz de sus amigos que decian: «Eres el Monte Cristo de la época, solo te falta mundo para aventajarte». Con esto se evanecia y triplicaba sus deudas, los acreedores le acosaban; varias veces y, mas que todo, por olvidar alguna parte de sus deudas, bebia y se embriagaba, pero con Champagne, lo cual era muy aristocrático. Mas tarde no sabia en que pasar sus ratos de ocio (que eran todos) y determinó echarse una querida... nuestro inesperto calavera no había contado con la gruesa peca, y cuando á fin de año vió que los cuantiosos gastos y despilfarros hechos por ella eran de su cuenta y riesgo, estuvo á punto de sucumbir... «Eso te iam or(a)liza, chico,» mu-

Al abrirla sintió una emoción bastante amarga.

Al leerla, al penetrar la severa intención paterna que entre las toscas letras aparecía, Paco tembló.

Todo un porvenir de dicha, de ilusión, de ventura que él había fundado sobre las movedizas alas del amor, vino por tierra.

El soplo del tosco labrador sevillano, acababa de ahuyentar el amor.

Y el amor al volar había arrojado por tierra el corazón de Paco.

Y el corazón de Paco se hizo daño al caer.

Por eso sus manos rompieron la carta, aunque rompiéndola no obtenía gran cosa.

Verdad es que, la carta lo merecía; era concisa, pero significativa;

«Hé sabido, hijo mío, que has estudiado mucho: quiero que inmediatamente te vuelvas conmigo: deseo darte un abrazo.»

Pero nadie como Paco que había recibido muchos en su vida, sabía la intensidad de los abrazos paternos.

¿Qué hacer en tan amarga situación?

Paquito estuvo pensando muchas horas, y al fin tomó un partido extremo.

Dos días después Paco, salía en dirección á Carmona.

(Se concluirá).

SERAFÍN ALVAREZ PERAL.

LA VIRGEN DEL HENAR.

Hállase esta imagen en una suntuosa ermita rodeada de pinares y á las inmediaciones de la villa de Cuéllar, en la provincia de Segovia.

Cuando en tal desprestigio van cayendo nuestros antiguos usos; cuando las ideas y los sentimientos se materializan en tan alto grado; cuando la despreocupación se apodera de todos los ánimos, siendo, como dijo Figaro, la mayor de las preocupaciones de nuestro siglo; cuando esto sucede, repetimos, justo es consignar algunas líneas á la consideración de esos hechos sencillos y elocuentes, de esas manifestaciones populares que absorben y reasumen en sí la realización de los mas dulces pensamientos de fraternidad y bienestar.

Pasemos á ocuparnos ligeramente de la descripción del santuario y de la fiesta.

La tradición es sencilla.

Un pastorcillo manco se hallaba cuidando el ganado encomendado á su custodia; de pronto divisó una señora que se acercó hácia él.

Toma una piedra y arrojala, le dijo aquella bondadosamente.

El pastorcillo dudó algunos instantes, limitándose por último á dirigir á su mutilado brazo una triste y espresiva mirada.

Reiterado nuevamente por la señora, un rayo de esperanza se introdujo en su corazón, acarició su mente una idea repentina, y con la mayor fe estendió el brazo y asió una piedra arrojándola lejos de sí.

El brazo estaba bueno y el pastorcillo inundado de alegría.

muraron sus amigos, y nuestro héroe no pudiendo descender ya de la alta esfera en que se había colocado siguió en sus trece, aunque formando cálculos para aumentar sus rentas. Consultó á sus amigos sobre una negociación que pensaba hacer, solo por invertir algunos miles duros sobrantes, y por unanimidad acordaron que el juego. Es claro, era el único medio que les faltaba para explotar del todo aquella mina que ellos creían inagotable. Entre tanto doña Genoveva había aparecido en liza, no bien le preguntaron quien era la hermosa jóven que le acompañaba, la buena señora dejó escapar las siguientes frases: «Es mi sobrina; huérfana de padre y madre, con cincuenta mil duros de renta.» Bien pronto la desgraciada Laura fué el blanco de todas las miradas y el objeto de todas las conversaciones.

Esta noticia llegó á oídos del baron. Antiguo amigo ó conocido de doña Genoveva, no tardó en presentarse de nuevo.

Hé aquí el modo de resarcirme de todas mis pérdidas, exclamó con aire de triunfo y bendicho de esperanza. Sin embargo, al ver que Laura se mostraba insensible á sus ruegos (porque Laura amaba á Eduardo) empezó á desconfiar.

No faltó quien le dijese: «baron, mira que es todo farsa, que te atrapan, que la heroína es pobre, mira que la tia sabe mas que Mer-ín; entonces el baron dudaba, y dudando, se

metió de rondón en casa de la supuesta marquesa. Le hacía pregunta sobre pregunta, pero todas las contestaba aquella con tal habilidad y destreza, que el baron se marchaba atónito y murmurando: «Es millonaria, no hay duda, pero me tienen envidia y la calumnian á ver si me arrepiento.» Este mismo era el pensamiento de la tia respecto á él. Trascorridos algunos meses, Enrique acabó de perder su capital, las deudas de doña Genoveva se aumentaban considerablemente, y acercándose el plazo, ambos á su vez pensaron en la realización de su proyecto. Cuando supo el rapto de su sobrina, se creyó feliz, su ánora de salvación era Enrique.

Mo ama pero manifiesta lo contrario, exclamó el baron escuchando las palabras de Laura. Lo que sucedió en el carruaje y Eduardo no pudo evitar, era, segun él, la coronación de sus cálculos y de sus esperanzas; pero ya sabemos lo que fué y los resultados que dió.

Cansados ya, doña Genoveva y él se encontraron frente á frente, y como un lobo á otro no se muerden, aunque fué terrible la lucha, ambos redieron ó hicieron como que cedían. Sin embargo, de la noche á la mañana, la hipócrita y astuta marquesa tomó las de Villadiego, como se suele decir, dejando su sobrina y sus deudas á cargo del baron. Los acreedores de este acudieron como aves de rapiña y se repartieron cuanto les quedaba.

En vano vuelto en sí de su gozosa sorpresa, trató de buscar á la señora.

Verificado el milagro había desaparecido como por encanto.

Era la Virgen.

En el lugar de la aparición existe hoy una fuente denominada del Cirio, por existir uno de estos ardiendo constantemente en el fondo de ella, visible solamente para los que se hallan en gracia de Dios, y que yo pecador de mí, no pude divisar.

La ermita es muy espaciosa y tiene un camarín con muy buena colección de cuadros y recargadas sus paredes con multitud de estampas, retratos y letreros manifestando los diversos milagros verificados bajo el patrocinio de la Virgen del Henar.

Difícil sería describir precisamente el espectáculo que ofrecen las inmediatas praderas en la noche de la velada.

Cincuenta mil personas agitándose confusamente al fantástico resplandor de innumerables hogueras, gritando descompasadamente y bailando en ordenados y estensos círculos al son de las dulzainas y tamboriles.

Y en medio de la confusión siempre creciente, existe la separación de pueblos y familias que forma por do quiera sus diferentes ranchos.

Es un espectáculo magnífico y un grandioso cuadro en que se destacan admirablemente desplegando sus tintes de belleza la sencillez y dulce satisfacción de todos los concurrentes.

En esta romería se invierten crecidas sumas, pues, aparte de los comestibles que abundan prodigiosamente, hay una variada feria, donde

Entonces fué cuando nuestro Montecristo en pequeño, descendió de su altura y empezó á recorrer los diferentes grados de la escala social; bajó de la opulencia á la medianía, de esta á la pobreza, de la pobreza á la miseria, y sus hábitos, sus costumbres le condujeron con extraordinaria rapidez á la degradación del libertinaje. Por sustraerse de todas las miradas y ahogar los remordimientos de su conciencia, bebía, jugaba, y las tabernas mas pobres, los garitos mas miserables fueron su único albergue.

Laura ganaba el sustento dando lecciones de música y de francés, habitaba un cuartito interior compuesto de dos estancias, una de ellas le estaba destinada á Enrique, y en la otra blanca, perfumada, amueblada sencillamente y con flores y pájaros como la primera que ocupó, tenía su tocador, su estudio y su salita de costura. Allí se encerraba y oraba por el alma de su madre. Su primera lágrima ó el primer suspiro que el dolor arrancaba de su pecho, era para ella; su primer pensamiento y su última sonrisa para Eduardo. Hubo un día en que el baron y Laura se encontraron; esta acababa de recibir una memoria de su madre por manos de su escribano. El baron la miró de una manera siniestra. Laura tembló y se decidió á escribir á Eduardo. Cuando á la tarde salió de su casa en dirección al cementerio, observó que un hombre la seguía.

—Haced que venga pronto, Dios mío, por

los pueblos cercanos se surten de nuevos artículos para lo restante del año.

También es fabulosa la cantidad que la ermita recibe en estos días depositada por los fieles para limosnas, misas y otros objetos piadosos.

Al inmediato día se verifica la misa y procesion, que la mayor parte de los forasteros contempla ya desde sus montañas, concluyendo con un baile de tamboril y gaita dentro de la iglesia, y otro que se verifica mas tarde en la pradera.

En este suelen tomar parte algunas graciosas pollas de las muchas que existen en la próxima villa de Cuéllar.

Y finaliza... como todo... como finaliza nuestra vida y nuestras ilusiones, y hasta este artículo que no quiero estender mas.

ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA.

LITERATURA.

POESIAS.

Insertamos á continuacion, tomándola del periódico *El Mensajero*, la siguiente bellísima composicion que un poeta granadino ha dedicado á SS. MM. á su salida de Granada.

ROMANCE.

Depon ya tus ricas galas,
sultana de Andalucía;
de tu Alhambra encantadora

que tengo miedo, habia dicho al caer de rodillas como no há mucho la encontramos.

Sin embargo, ya hemos visto lo que sucedió Eduardo llegaba tarde.

XI.

En el momento de verse detenido por aquel hombre misterioso, dejó caer el embozo de su capa, é hizo brillar el cañon de una de sus pistolas.

— ¡Haceos atrás, viva Dios! si no os levanto la tapa de los sesos, gritó con reconcentrado furor.

El pálido rayo de la luna penetró á través de las desonadas ramas é iluminó sus semblantes.

Instantáneamente y como si le hubiese reconocido el hombre se descubrió con respeto.

— Perdone Vd., señorito, murmuró, pero la señorita Laura ha pedido socorro, y como nadie habia... creí que...

— ¡Ah! es Vd. Antonio, dijo Eduardo, corrádos en su auxilio.

Laura que habia llegado hasta allí, lanzó un grito y se arrojó en brazos de Eduardo.

Durante algunos instantes sus sonrisas se confundieron con sus lágrimas, sus suspiros, lánguidos y suaves como el murmurio de la brisa, parecían salir de aquellos pechos apasionados, murmurando un misterioso y o te

cierra las puertas macizas,
y en sus altos torreones
abate la enseña invicta;
de tus tranquilas corrientes;
enturbia las olas limpidas;
de tus fuentes y cascadas
enmudece la armonía;
y en tus jardines las flores,
y en tus cármenes las brisas,
y en tus boscajes las frondas,
y en tu vega las delicias,
se agosten y se suspendan
y cesen, que en este día
en tu cielo, mi Granada,
la estrella mejor se eclipsa.

II.

Truena el cañon: ¿qué te anuncia
Granada, con su estampido?
qué del pueblo congregado,
el fuerte entusiasta grito?
qué la elevada campana
con su sonoro tañido?
qué esa multitud que corre,
que se agita y que en sus giros
eual revuelta catarata
que con doble afan continuo
se desprende dando tumbos
del monte al prado vecino,
atropellando sin tregua
cuanto encuentra en su camino?
qué el sentimiento pintado
en el rostro de tus hijos?
Que se ausenta de tu cielo
el sol que en él ha lucido.

III.

Pronto pasó tu for una,

como que el alma recogia como el perfume de una felicidad soñada.

El aparecido, ó sea el guarda del cementerio, los contemplaba extasiado y mas de una vez tuvo que enjugar con el envás de su tosca y robusta mano una gruesa lágrima que furtivamente resbalaba por su rostro moreno y de facciones pronunciadas.

Pasados estos primeros instantes de arrobamiento y de amor, que como un relámpago de felicidad cruzaron rápidos para sus almas puras, febriles, apasionadas, Laura se desprendió de los brazos de Eduardo y derramó abundoso llanto con el semblante oculto entre sus manos.

— ¡Oh, Eduardo! ¡Cuán desgraciada soy! murmuró al fin, me ha robado el retrato de mi madre, única joya que poseo...

— ¡Ah! ¡Laura! ¿Quién?... No vacile Vd. en decirme lo...

— ¡Eh! exclamó Laura fijando sus hermosos ojos en Eduardo que en amoroso éxtasis la contemplaba á su vez.

— ¡Eh! repitió el pintor con voz ronca, y aquella palabra penetró en el fondo de su corazón como la hoja de un puñal envenenado.

— ¿Pero como, señorita? preguntó el guarda.

— Estaba arrodillada y orando; llegó, me suplicó que se le diese porque estaba colocado en un medallón de brillantes... me negué á

presto la ventura pasa:
Ayer alegre y risueña
te levantaste, Granada,
para brindar con tus flores
y para ofrecer tus galas
á la que en su mano empuña
el cetro de las Españas:
con ella vino el contento,
con ella el placer se marcha.
Hoy un recuerdo te queda;
hoy una memoria guardas
de un inmenso bien perdido,
de una fortuna sin tasa.
La estrella brilló un momento;
el sol lució una mañana:
sin ella y sin él, ¡cuan triste
queda tu cielo, Granada!

L.

GRÓNICA NACIONAL.

REVISTA DE LA SEMANA.

El acontecimiento mas notable de que tenemos que dar cuenta á nuestros lectores, es la apertura de la esposición de Bellas Artes en la Casa de la Moneda. Cuatrocientos quince es el número de los objetos presentados, ochenta y dos mas que en la de 1860.

En este número las artes plásticas no figuran mas que por 584 objetos: los demás pertenecen al grabado y á la litografía. Los objetos se hallan repartidos en catorce salas, numeradas or-

ello, pero él me arrojó al suelo y me lo arrancó del pecho; entonces pedí socorro...

— ¡Infame! murmuró Eduardo, ¿se ha empeñado en que le mate, y que su muerte sea el abismo en que mi esperanza se hunda para siempre!

— ¡Ah! Ya sabia yo que el señorito Eduardo no podia ser; tiene muy buen corazón y es incapaz de semejante cosa.

— ¡Bueno, Laura, continuó el pintor, interin se mesaba desesperadamente sus negros cas bellos, no hay que afligirse, mañana tendrá Vd. el retrato de su madre, mañana...

— Gracias, mil gracias, Eduardo; pero no se vaya Vd. tengo miedo y sentiria estar sola como otras veces... contestó la huérfana que habia comprendido toda la significacion de las cortadas frases de aquel.

Al escucharla, Eduardo, no se atrevió á dar un paso.

— Antonio, dijo, le estimaría á Vd. que mandase traer un coche para esta señorita...

Antes de que Laura se negase á ello, el guarda desapareció por entre los árboles.

— ¡Ah!.. Laura, cuán largos han sido para mí los meses que he pasado lejos de Vd... y sin embargo, á cada hora, á cada minuto un nombre se ha escapado de mis labios, y ese nombre...

— Por Dios, Eduardo, no nos hagamos mas desgraciados... amémonos en silencio como hasta aquí... sepa yo que Vd. no me olvida,

denadamente, según de público se dice, bajo el tipo del mérito de las obras.

La exposición de este año, necesario es decirlo, no tiene, sin embargo, la importancia que pudo tener la anterior; prescindiendo del carácter general del sentimiento estético moderno, menos accesible á las bellezas artísticas de las obras plásticas que á las manifestaciones bello-útiles, menos aficionado á la idealidad filosófica que lo fuera en otro tiempo, prescindiendo del poco campo que el mundo moderno ofrece á la manifestación de las artes figurativas; todavía y circunscribiendo más los términos, el mérito artístico de las obras presentadas ahora, es inferior al de las obras ofrecidas en 1860. La pintura y la escultura van poco á poco decayendo; el sentimiento, mas bien, el génio artístico, el génio creador que produjera las escuelas de los siglos XVI y XVII que todavía ha tenido manifestaciones aisladas, sin embargo, en nuestros días, va poco á poco perdiendo su fuerza activa á medida que va sepultándose entre las hojas de la historia la causa de la inspiración, el ideal motor del artista.

Con profundo pesar recorremos nosotros las salas de la exposición de pinturas; no encontramos ya allí ningún cuadro como el de los *Comuneros*, ningún retrato como los de *Tidlemans* en donde se retrata ó se escita un sen-

timiento actual, por decirlo así, hijo del siglo XIX, propio del hombre de verdadero corazón, un cuadro en el que nosotros nos apropiemos el asunto, pensemos como el artista, obremos como el personaje, que realice, en fin, nuestro pensamiento íntimo, la aspiración mas pura, mas recóndita de nuestra alma. Cuadros de historia, en los que se pinta un sentimiento de otra época, en los que se retrata un asunto que ya no excita nuestro entusiasmo, que ya ha sido vulgarizado por la poesía, son los que abundan en nuestra exposición, son en verdad los representantes del vulgo artístico.

Y en vano será el pretender que la forma cubra con su perfección, con su regularidad, con su colorido la falta de pensamiento; la pintura sin sentimiento artístico, no puede llamar la atención del espíritu, le falta su esencia, su atractivo, su ímán. No somos pintores, y por lo tanto no queremos descender á detalles: juzgamos del mérito de las obras por la impresión que en nuestra alma producen sin mas guía que el criterio estético. Para nosotros lo nuevo de esa exposición no encierra una joya de verdadero mérito; porque en ella no hemos encontrado un cuadro cuyo asunto haya hecho latir nuestro corazón, y el arte que no habla al espíritu, no es arte.

¿Qué significan, por ejemplo, los

penetraban hasta su corazón. En aquel instante el viento agitó levemente las descarnadas ramas de los sauces y de los tilos, que parecían en las sombras, negros esqueletos reclinándose sobre el helado mármol de las tumbas; una nube sombría se extendió bajo la luna cual mortuorio crespón, y ambos amantes cayeron de rodillas con las manos entrelazadas, é inclinando la frente... creyeron escuchar una voz que llegaba hasta sus oídos dulce, vana, indefinible, como el murmullo del agua sobre las flores, ó el cántico de los pájaros en la soledad de los bosques, y que les decía...

«Mirad, mirad, si la luna pálida y serena deja de encontrar negras nubes que oscurezcan por un momento su luz, para que luego aparezca mas pura y resplandeciente bajo el azul de los cielos. Si el sufrimiento es el velo que se interpone á vuestra felicidad, no os importe... seguid por la senda de la honradez y de la virtud, y tal vez aquella se presente un día serena y sonrosada como una aureola de paz. Vuestra madre os hundió desde el cielo... el llanto que derramais sobre su losa, evapórase y asciende hasta ella con el perfume de las flores que consagrais á su memoria»...

En este momento sintieron ruido sobre las hojas y se levantaron.

—Era el guarda que los avisaba hallarse á la puerta un carruaje.

—¡Tan pronto! dijo Eduardo, á quien pa-

cuadros religiosos en una exposición del siglo XIX? En nuestros días, en que el principio de vida estriba en la mayor dilatación posible, en el mayor ensanche de nuestras facultades bajo el pensamiento económico, en que el ideal es la producción social, ¿pueden llamar la atención asuntos que se refieren á la concentración de las fuerzas humanas en una sola idea, á la manifestación de la vida siempre bajo un mismo aspecto? Nosotros creemos que no: es mas, creemos que este ideal, el mismo que el ideal poético de Berceo, es el mismo del siglo XIII.

Las novedades teatrales siguen llamando poco la atención. En verdad en verdad, que hemos estado este año desgraciados. Entre la multitud de obras dramáticas que se han presentado en nuestro teatro como nuevas, apenas hay alguna que otra que merezca una mención honorífica. Y estas pocas son:

Pálidas y tristes flores

en un silvestre jardín,

como dice un poeta.

Nosotros no hemos querido hacer reseña de muchas de ellas porque somos naturalmente enemigos de herir susceptibilidades. Fuera de que el asunto no lo merecía gran cosa.

Sin embargo, ya dimos cuenta en nuestro número anterior de la zarzuela del señor Larra. Se ha estrenado un nuevo arreglo del señor Olavarría, situ-

recian contadas las horas que pasaba al lado de Laura.

—Eduardo, no se olvide Vd. de mí, no me abandone Vd.

—Mañana tendrá Vd. el retrato de su madre.

—Por Dios, no se comprometa Vd.

—No...

—¡Júremelo Vd.

—Le juro á Vd. que nada haré sin que la razón y la justicia me acompañen...

—Pero esa...

—Es lo que puedo prometer un artista honrado.

Laura se enjugó una lágrima, salió del cementerio seguida de Eduardo y subió al carruaje...

—¡Adios, Eduardo!...

—¡Adios, Laura de mi vida!... dijo estrechando la mano que aquella le tendía.

—¡Hasta mañana!...

—¡Oh, hasta la eternidad! murmuró Eduardo con sombrío acento, mientras se alejaba la berlina.

.....

(Se continuará.)

y aunque la fatalidad nos separe en la tierra, Dios unirá nuestras almas en el cielo...

—Si, si, en el cielo, murmuró con desesperación, pero si yo muriera... ¡jéreme Vd. que siempre se acordará del pobre pintor que tanto la amaba.

—¡Oh! si si, pero si Vd. muriera... yo moriría también... una misalosa cubriría nuestro cuerpo al lado de mi madre; además Dios no puede permitirlo... tiene Vd. una madre ciega y anciana por quien velar... hágala Vd. feliz... yo ya ve Vd... yo me resignaré con mi desgracia y sufriré como he sufrido hasta ahora... pero olvide á Vd. nunca... Eduardo, nunca.

Eduardo fijó sus hermosos ojos en los de Laura, que á su vez le contemplaba, y en ellos brillaron miradas hieidas, ardientes, apasionadas, de esas que revelan todos los secretos del corazón, toda una vida de largos y continuados sufrimientos; de esas en que parecen exhalar las almas de los que se aman columpiándose en el infinito sobre las sonrosadas nubes de la esperanza y del amor... Entonces Laura, como la maga de los sueños, se acercó lentamente á Eduardo con el semblante iluminado por los melancólicos rayos de la luna, le tendió su mano blanca y suave, que el pintor estrechó entre las suyas con respetuoso frenesí. Parecía que un fluido magnético discurría por sus venas, que su cabeza estaba envuelta en un velo de fuego, cuyos destellos

lado el *Caballero Pobre*; y cuyo argumento estriba en otro del mismo título de Paul Féval... Su éxito ha sido *lisonjero*.

También se ha estrenado otro arreglo de los señores Pina y Pastorfidó, que lleva por título: *Si yo fuera rey!*

Esto, como comprenden nuestros lectores, no es literatura dramática española; no es mas que una especie de redacción entre hastidores.

No creemos, por tanto, deber hacer un juicio de estas obras, máxime cuando los originales son suficientemente conocidos. Es una gran política teatral, la política teatral del arreglo!

Acercas de la ejecución, nada queremos ni debemos decir por la índole de relaciones que con las empresas teatrales nos ligan, ó mas bien nos separan. Hay ciertas cosas que naturalmente son pequeñas, y que el que se fija en ellas, dá muestras de mezquindad: nosotros no necesitamos para nada á las empresas teatrales.

SERAFÍN ALVAREZ PÉREZ.

CRÓNICA LOCAL.

Un terrible y violento incendio ha hecho desaparecer el día 16 en pocas horas la iglesia toda y una parte del célebre monasterio de las Descalzas Reales de esta corte. No se sabe de donde partió, ni cuando, ni á qué hora empezó el incendio. A las tres de la madrugada fué cuando el humo y las llamas advirtieron de la catástrofe á los serenos, y cuando al ruido de la campana que corresponde al exterior las religiosas se levantaron para verse casi rodeadas de llamas. El auxilio que se prestó á las religiosas no pudo ser mas instantáneo. A las tres y media ya se encontraban en el convento las autoridades, los arquitectos, los mangueros de la villa, los operarios de las compañías de seguros, y un número grande de bombas, que se aumentó en menos de una hora hasta el de quince. Las bombas, surtidas de agua por las locas de riego y por todos los aguadotes de Madrid atraídos por las campanas, arrojaban torrentes de agua sobre el foco principal de incendio, que estaba en la iglesia y sobre la grande estension que ya envolvían las llamas. Pero una circunstancia casual hizo inútil por algun tiempo todos los esfuerzos para dominar el incendio.

Estándose practicando obras importantes en el interior de la iglesia, y hallándose preparadas con aguarrás todas las maderas de los retablos que debían empezarse en estos días á dorar de nuevo, el fuego que hallaba tan horrible auxiliar en la preparación dada á las maderas, hizo en pocos minutos un vol-

can de la iglesia y se estendió por toda la parte superior del monasterio, ofreciendo á las cuatro de la mañana el aspecto una inmensa hoguera. Imposible es pintar con sus verdaderos colores el cuadro que en este momento ofrecía el monasterio.

Las monjas guiaban por entre los claustros á los operarios que ignorantes de las entradas y salidas del local, buscaban los puntos por donde atacar y dominar el incendio. Dentro de la iglesia y en medio materialmente del fuego funcionaban cuatro bombas cuyos trabajos presidía, con ese incansable celo nunca bien elogiado el corregidor y gobernador civil de Madrid, señor duque de Sesto. Los arquitectos provinciales y municipales dirigían en persona los trabajos de los mangueros, hallándose en los puestos de mas peligro. La célebre imagen de Nuestra Señora del Milagro era sacada por las monjas de su retablo, y trasladada al punto del convento que se creía mas libre de las llamas. Habiendo llegado estas á los magníficos órganos de la iglesia, el plomo de su tubería caía derretido mezclado con el agua que elevada por las bombas á los tejados caía de nuevo sobre los escombros. La cúpula de la iglesia vino abajo con estrépito. Horrible como hemos dicho era la situación; pero la incansabilidad y hasta el heroísmo de todos, fué poco á poco dominando el incendio, y á las siete de la mañana ya se encontraba reducido á cortas proporciones sin que hasta aquel momento hubiese ocurrido desgracia personal alguna.

No debía sin embargo acabar esta catástrofe sin el sacrificio de alguna de las personas que con tanta abnegación trabajaban para aminorarla. Hallábanse en una sala de paso los arquitectos municipales, señores Peró y Gomez, el cabo de los mangueros, un guardia veterano y tres hombres de la Union, y se ocupaban los arquitectos en marcar á los operarios el punto á donde habian de dirigir las aguas, cuando se desplomó el techo sobre las personas que estaban en la sala, dejando heridos al arquitecto Sr. Peró con una pierna rota, en dos partes, y en la cabeza al hombre Cobos, sacando además destrozado todo el uniforme el guardia. También sacaron contusiones el Sr. Gomez y el cabo de mangueros.

En los momentos mas criticos el señor capellan de honor Pulido, advirtió que los Santos Sacramentos se hallaban encerrados aun en un sitio bajo, y cerrado, invadido por el fuego; el hombre de La Union Robisco, que ya tenia prestados servicios importantes, se prestó á sacarlos, y auxiliado por sus compañeros Avillon y Borhou, entró rompiendo una puerta y consiguió su laudable objeto.

Una bomba de la Compañía de Seguros mutuos de casas en Madrid ha quedado inutilizada, y las nuevas propias del ayuntamiento

que aun no se habian estrenado han funcionado con éxito completo.

Las mangueras y las bombas no han dejado de funcionar hasta las once de la mañana, en que el incendio ha quedado completamente extinguido. Triste recuerdo quedará á las religiosas y á los amigos de las artes de la noche del 16 al 16 de octubre de 1862. Dentro del templo habia preciosidades artísticas que todas han desaparecido. Los magníficos frescos de Jordan ya se hallan borrados por el humo, y por el agua. Nada queda del retablo mayor obra magnífica de escultura. Los órganos se han convertido en cenizas y masas de plomo derretido; y gracias que el fuego no ha invadido los claustros que se hallan cuajados de magníficos cuadros muchos de ellos de gran mérito y valor. Pero remedio de esta horrible catástrofe no hay palabras con que elogiar dignamente á cuantos han acudido á remediarla. El gobernador civil, señor duque de Sesto, abandonó el convento á las diez de la mañana para visitar á las víctimas del incendio. Allí han estado tambien el teniente alcalde del distrito, señor conde de Belascoain, y los concejales Flores, Romero Paz y otros cuyos nombres no recordamos.

Tambien acudieron desde los primeros instantes y han trabajado con heroica abnegación, los arquitectos Róndero, Peró, Gomez y Berca. La Guardia civil veterana con su jefe el coronel Sr. Alvarez y Fernandez, y con todos los oficiales libres de servicio, á la cabeza, tambien ha presentado grandes servicios en tan triste y memorable suceso, colocándose en el interior y exterior del convento para la seguridad y orden de las religiosas y del pueblo que acudia en tropel al sitio de la catástrofe. El arquitecto herido, señor Peró, y el hombre Cobos fueron conducidos inmediatamente á la casa de socorro del quinto distrito, donde fueron curados en el acto por los profesores señores Góicoechea y Leon y Luque, demostrándose de este modo una vez mas la inmensa utilidad de estas casas cuyo establecimiento harán siempre grata la memoria del señor duque de Sesto. Posteriormente, á eso de las diez de la mañana, se ha llevado á la misma casa de Socorro un hombre del pueblo, de oficio carpintero, que acudió voluntariamente á apagar el incendio, y á quien un madero ha roto tambien la pierna casi por el mismo sitio que al Sr. Peró.

VARIETADES.

Los ojos.—Cuándo dos ojos se encuentran, se tutean.

La joven que mira al cielo, espera á su amante si lo tiene, ó ruega á Dios que le deparé uno; la que mira á la tierra, se separa de él, ó calcula el diámetro del miriñaque.

Los ojos, en fin, ha dicho un diplomático,

sen los plenipotenciarios del amor.

Por los ojos azules,—lector, me muero;—y de amor me enloquecen—los ojos negros;—en fin, de ojos,—aunque sean de puente—me gustan todos.

—A caza salió un casado—de su criado en unión,—y de repente el criado—señor, dijo, que ha olvidado los cuernos de municipal—Baya ha sido mi torpeza,—el cazador repaña,—y eso que yo no tenía—otra cosa en la cabeza.

EPISTOLA CULINARIA. Querida Juana Pappetes;—me alegraré que al recibir—de estas mal guisadas letras—en mal adobado estilo,—te encuentres con la salud—que para mí al cielo pido.—Tu silencio, amada Juana—me tiene de pena frito,—y voy a morir de ausencia—si no añilas el cuchillo—de tu lengua, y me consuelas—con la salsa de tu hechizo.—Ya sabes que tiempos hubo—en que libre de amoríos,—sin que en conserva de penas—purgase añejos delitos;—sin mas clámide ni manto—que un mandil hasta el tobillo—siempre de mi hogar al lado—sin mas que hacer que mis guisos;—sin mezclarme en mas cuestiones—que cuestiones de principios—se calentaba el puchero—de mi existencia vacío—de doradas ilusiones,—lleno de positivismo—y esperanzas culinarias—al fuego de mi albedrío.—Mas vi la sal y pimienta—de tus ardientes ojillos,—y quedó mi corazón—a su calor derretido.—Desde aquel momento, Juana,—sabes te afané con delirio,—que el amor de un cocinero—no puede nunca ser frío.—Pero esta fatal ausencia,—que nos ha impuesto el destino,—el alma me ha desastrozado,—dejándome la hecha pisto.—Ya no tienen más tortillas—aquél sabor exquisito—que en otro tiempo les daba,—porque vogando sin zino—en los mares del fogón—y en ti pensando ángel mio,—echo a la ostras azúcar—y mezclo aceite con vino.—El ojaldre de mi amor—á tu lado dulce y tibio—lo ha requemado la ausencia—en el honor de tu olvido.—Contéstame pronto, Juana,—y sácame del lebrillo—de dudas, en que me abogan—los celos que me han herido.—Recibe mi corazón—reboxado con suspiros,—y trata de odorcizarlo—porque está hecho un picadillo.—Adios recibe memorias—de mi hermano y de mi llo;—y no olvides á tu amante—que mechado por su sino,—tiene el alma en escabeche,—y es siempre tuyo.—Chorizo.

DEPENDIDA. Noches pasadas, en la plaza de Oriente, cierta desgraciada jóven que ha pasado las noches de verano, siendo constantemente abonada de aquel delicioso sitio, sin que ni un alma de roblo la diga por ahí te pudras, desahogaba del modo siguiente su rabia:

¡Adios, adios, plaza feal adios, destripa ilusiones!—tú pones los corazones—blandos como una jalea.—Fatal desengaño lleva—la que en tu fama confie;—pues por mucho que se fie—de esa fama injusta y vana;—ha de llegar un mañana—en que flore lo que hoy rie.

¡Ay! En óptica ilusoria—ante mis ojos pasaron—áires que me presentaron—en lontananza... ¡la gloria!—Mas vueltas que mula en noria—he dado por tu recinto,—guiada

por el instinto,—menesterosa doncella,—un novio buscaba en ella...—blanco ó rubio, negro ó pinto.

En valde tan malos ratos,—en valde el trastocho fiere;—en valde tanto dinero—en diez pares de zapatos.—No premian mi afán, ingratos;—no les mueve mi artificio,—y en medio de este bullicio,—donde todos hallan novio,—para mí terrible aprobio!—no ha de haber un desperdicio?

Cuando un organillo toca—una danza americana,—pienso escuchar la campana—que á mi funeral convoca.—Yo voy á volverme loca; ¡novio quiero! ¡novio pido!—que tras él viene el marido,—y es cosa que parte el alma,—abrazada con la palma,—dar el postrimer ronquido.

La que novio no apetece,—novio encuentra á cada paso;—y yo en amoros me abraso,—y nadie me compadece.—Mi corazón desfalce—al ver mi ilusión perdida;—adios, plaza fermentada,—fuente de mi desengaño;—adios, hasta que otro año—vuelva á dar otra emhestida.

UNA CARTA Á DIOS.

Es preciso bajo todos conceptos el siguiente hecho que acaba de suceder en París:

En una de las callejuelas inmediatas al mercado de San Honorato, y en el último piso de una casa muchas veces centenaria, vive una familia de trabajadores, la cual acaba de verse agobiada por una de esas desgracias que hacen estremecer.

La mujer, jóven aun, se hallaba enferma en cama desde hace mucho tiempo, y el marido, único sostén de la familia, dió una terrible caída que le impidió salir de su casa. En esta situación, ¿qué hacer? ¿cómo alimentar á su familia?

Entre los cinco hijos de aquella familia, hay una niña rubia, de ojos azules, muy despojada y que todos los días asiste á una escuela gratuita. El día á que nos referimos hubo de quedarse en su casa para asistir, en lo posible, á sus padres enfermos. La desgracia acaecida á su padre la causaba gran pena; porque el hambre que la desgarraba el estómago, le demostraba toda su trascendencia; así es, que instintivamente imaginó el medio de salir de aquel apuro.

—Cuando estamos apesadumbrados, debemos dirigirnos á Dios, nos dice frecuentemente la Maestra... Pues bien, voy á dirigirme á Dios. Voy á escribirle una carta como mamá me hace escribir á mi madrina, pues aun me queda un pliego de papel. Dicho y hecho: Interin que su padre y su madre dormían con el pesado sueño de la calentura, escribió mal ó bien, es decir, mas mal que bien, una carta llena de borrones, en la cual pedía á Dios la salud para sus padres y un poco de pan para ella y sus hermanitos.

En seguida salió de su casa, corrió á la iglesia de San Roque, y trató de echar al cepillo de los pobres su lacónico billete procurando que nadie notase su acción.

Una anciana y respetable señora, que iba á salir de la iglesia, observó que la niña andaba rondando el cepillo, y en el momento en que alargaba la mano le dijo:

¿Qué haces, niña?

Esta, llena de temor, echóse á llorar; y como la anciana señora continuaba interrogándola, la refirió ingenuamente el caso.

Eternecida la buena señora, consoló á la niña, y tomando la carta, le dijo:

—Yo me encargo de hacer que llegue á su destino.

Luego añadió:

—¿Has escrito aquí las señas de tu casa?

—No, señora; me han dicho que Dios lo sabe todo.

—Es verdad, hija mía, pero tal vez el que se encargue de contestar no sepa tanto.

La niña le dijo entonces donde vivían sus padres; y llena de alegría regresó á su pobre buardilla.

Al día siguiente, al levantarse, encontró delante de su puerta una cesta inmensa llena de ropas de hombre, de mujer y niño, sábanas, azúcar y dinero, todo ello perfectamente cosido. Pegado al paquete habia un papel en el cual se leían estas palabras:

Contestacion de Dios.

Pocas horas despues se presentó un médico encargado de visitar á los dos enfermos. Véase, pues, que si la carta de la niña rubia no habia subido literalmente al cielo, por lo menos fué recibida por uno de sus ángeles.

¡Qué lástima que el número de casos no sea tan grande como se necesita!

Habiendo regresado á esta corte el director de este periódico, vuelve á encargarse de su redaccion desde el número inmediato.

LUCES Y SOMBRAS.

Esta importante novela sigue con la creciente aceptación con que el público la distingue.

Se han publicado veinte y tres entregas, y pronto quedará terminada la obra, procediéndose á la impresion de la segunda edicion.

A los Sres. suscritores que tienen en descubierto de pago algunas entregas y no remitan su importe con la debida puntualidad, no se le mandaràn más entregas hasta su aviso.

Propietaria y editor responsable:

D. JOSE MORALES Y RODRIGUEZ.

Imprenta de EL MADRILEÑO, Caballero de Gracia, 15.